

El verano de los traslados

JUANJO GUERENABARRENA *

ESPAÑA se bañaba en las contaminadas costas cuando el Ministerio de Cultura decidió ser el centro de la noticia, principalmente, el INAEM, cuyo anterior director, José Manuel Garrido, dejaba su cargo para ocuparse, unos peldaños más arriba, de los destinos del Ministerio desde la subsecretaría. No era, sin embargo, el primer nombramiento/cese de la serie que nos atañe, es decir, el teatro. Unos meses antes, Lluís Pasqual, ex-director ya del Centro Dramático Nacional, decidía abandonar su puesto. El actual director del CDN es ya José Carlos Plaza. Pero llegó el Festival de Almagro, pleno verano, calores de julio que pusieron al Ministerio de la Cultura en el punto de ebullición, y el puesto dejado vacante por José Manuel Garrido tuvo mil novios. La elección terminó con las habladurías: el nuevo director del INAEM es Adolfo Marsillach que, por cierto, dejaba vacante, a su vez, la dirección de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Nuevamente las conjeturas poblaron las redacciones y los corrillos, pero esta vez la cosa estaba más fácil. El hasta entonces asesor literario de la citada Compañía, Rafael Pérez Sierra, ascendía al puesto de director. Con este nombramiento, aparte otras posibilidades, se produce un ligero cambio en las costumbres

de la oficialidad: por primera vez, un director de una unidad de producción no era un artista —no fundamentalmente—, sino un gestor, un hombre que tendrá que llevar a buen puerto las felices ocurrencias de otros, a no ser que Pérez Sierra —que ya fue Director General de Teatro e incluso dirigió alguna ópera— decida tomar el mando artístico de algún espectáculo, posibilidad poco probable.

Lo demás, si es que esto fuera poco importante, seguirá como estaba. Resumiendo, las noticias teatrales de este verano que termina han estado fundamentalmente en los despachos. Hoy, que estas líneas pasan del cerebro a los papeles, permanece aún la incertidumbre sobre posibles nuevos nombramientos, ceses o favores, que de todo hay, tal vez justificados por aquella vieja cuestión de que cada uno quiere contar con «su» equipo.

Pero hubo verano también en los escenarios. Poco, todo hay que decirlo, y bastante flojo. Almagro, como viene siendo costumbre, sirvió de sala de pruebas para el montaje de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, todavía dirigida por Marsillach. Fue en la ciudad manchega donde se estrenó *El vergonzoso en palacio*, de Tirso de Molina. Marsillach, dejándose llevar por la moderni-

! * Salinas (Asturias), 1957. Licenciado en Filosofía y Letras.

dad de un texto en el que las protagonistas son las mujeres, capaces ellas, en pleno diecisiete, de alardear de la pérdida de la honra, apantalló al respetable con un inicio rompedor, alegre, al estilo más puramente broadwayano, que luego, desafortunadamente, desciende, quizá porque el texto no permita otras alegrías. Es de agradecer la interpretación de Adriana Ozores, mejor que nunca, y el esfuerzo de Juan Gea. La guinda de los intérpretes, que pretendía ser Aitana Sánchez Gijón, no consigue estar a la altura, no se sabe si por miedo del director, que puede ser que la amarre demasiado, o por excesivo verdor de la artista. Tal vez debería relajarse unos meses, estudiar, prepararse mejor y no atiborrarse de contratos, que al fin y al cabo es tan joven que hace daño.

Con toda la dignidad de *El vergonzoso en palacio*, a pesar de las muchas críticas que se le pueden hacer, daba cierto reparo asistir al estreno de *Miles gloriosus*, de Plauto, con versión y dirección de Alonso de Santos. No es que sea una tomadura de pelo; es que es un bodrio con todas las letras. Los chistes fáciles, la incapacidad manifiesta de Antonio Resines (¿por qué se dedicará a esto este señor?), la torpeza de la dirección, la insustancialidad del texto, la sal gorda, la fatalidad de Maribel Verdú... todo. Fue la nota desafinada del verano, esta vez en Mérida. Ahí, en esa Extremadura dura de sesenta grados, triunfó *Medea*, con la Caballé y el retorno de José Carreras. Ahí, en esa ciudad bella, que fuera solaz de eméritos, sonó bien el texto de Fernando Savater. En fin, que con tranquilidad y también con mediocridad se saldó un veranillo cultural, aderezado por las bobadas que antes, durante y después del curso de teatro de El Escorial,

soltó el ínclito Fernando Arrabal.

Pero no. Todo no fueron pesadillas ni medios aciertos. La ciudad de los Papas, Avignon, tuvo el detalle de inaugurar su legendario Festival con un montaje sobre *La celestina*, de Fernando de Rojas, dirigido por Antoine Vitez, el mago de la Comédie, e interpretado sensacionalmente por la grandísima Jeanne Moreau. Es cierto que el espectáculo se hizo demasiado largo, ingenuo por momentos, pero el intento de Vitez, su lectura de la obra, su trabajo previo, a pesar de no constituir un éxito en toda regla, fue un ejemplo que deberíamos seguir. Y, claro, esa puta vieja interpretada por la Moreau era un sueño, un recital, un momento de arte altísimo, un modelo, como soñó para el comediante el escandaloso Osear Wilde, para quien el modelo de todas las artes, en lo que toca al sentimiento, es el arte del actor. Jeanne Moreau fue un escándalo de gozo actoral.

Pero descendamos. Volvamos a la realidad y, sobre todo, a la actualidad. Todavía no están dibujadas las programaciones, pero sí se puede adelantar algo de lo que más se espera. Antes comentábamos algunos relevos que se habían producido en los teatros nacionales. Lluís Pasqual, que cesó en sus funciones en el pasado mes de junio, se despidió con un montaje sobre la *Comedia sin título*, de Federico García Lorca. Con él, no sólo cerraba su ciclo como director del CDN, sino que terminaba sus reflexiones alrededor del llamado «otro Lorca», el de las comedias imposibles. Eligió para la ocasión un nombre sonoro: Imanol Arias. Funcionó. Se le pueden poner reparos a la idea de partida —Pasqual suma cuarenta minutos de ensayo de *El sueño de una noche de verano* antes de entrar realmente a escenificar la *Co-*

media sin título—, y al modo en que la ha realizado. Lorca, en su diatriba incompleta llamada *Comedia sin título*, arremete contra el teatro burgués, contra las mentiras bonitas, contra el teatro de tresillo, el paralizante, que crea el espejismo de la cultura y no moviliza ni la más pequeña célula del más débil espectador.

Pasqual, en el ensayo introducido de *El sueño de una noche de verano*, carga demasiado las tintas en la falsedad, en el teatro bonito pero interpretado malamente, sobreactuado. Es una media trampa teórica, porque contra ese teatro reacciona cualquiera, no sólo Lorca. Éste contra lo que reaccionaba era contra el teatro que la sociedad de su tiempo consideraba bueno, que no tenía trazas de ser muy distinto del que la sociedad de hoy considera bueno. Quizá Lorca habría reaccionado contra el teatro de Narros o de Marsi-llach o del propio Pasqual. Después de lo dicho, el espectáculo de despedida de este último es, por lo demás, un excelente trabajo.

Los actores están como nunca. No sólo Imanol Arias. Ahí está la potencia de Juan Echanove o la socarronería de Juan José Otegui o la terrible naturalidad de Jesús Castejón. El debate entre la verdad y la mentira del teatro o entre la corporeidad y la tramoya de la vida adopta caracteres de hecatombe en la palabra de Lorca. La escenografía de Fabiá Puigserver consigue, como de costumbre, amar profundamente los sentidos

hondos del texto. Al final de la función, no más de una hora en total, el teatro se derrumba entre detonaciones, polvo y estertores. Los actores no salen a saludar, naturalmente; habría sido una broma, y Lorca hablaba prácticamente en serio.

Todo lo anterior viene a cuento porque septiembre verá regresar este montaje al María Guerrero, donde nació, para firmar el traspaso de poderes entre Pasqual y José Carlos Plaza. *Comedia sin título* se vio en junio durante poco más de quince días; ahora es la oportunidad de gozar con más tranquilidad del teatro. Poco después vendrá Plaza, que estrenará *Hamlet*, interpretado por José Luis Gómez y Ana Belén —talluditos actores para Hamlet y Ofelia—, seguro de buen trabajo. Se comenta que Toni Cantó, ese muchacho que presentó un programa de televisión, interpretará Laertes; allá José Carlos Plaza con sus caprichos, pero no se puede decir que sea una inmejorable manera de empezar. Ojalá, dicho sea de corazón, entre uno y otro logren superar con éxito las suspicacias de los rumoreadores.

La temporada que ahora comienza tiene los antecedentes comentados. Llega el curso con la rebaja; ahora todo se sabe. De buenas intenciones, se sabe, está el infierno lleno, y... más refranes. En definitiva, lo importante es que se hable de teatro, aunque sea bien.